

Cuando mi madre estaba embarazada de mí, quería contemplar únicamente cosas bellas para preservar a su hija de la maldición de lo feo y lo vulgar. Visitaba viejos museos, sobre todo de los maestros italianos, a quienes admiraba desde su juventud. Se detenía durante largo tiempo ante cuadros en los que se representaba a la Virgen con el Niño Jesús: ante un Tiziano, un Rafael, un Giorgione. Cuando yo tenía tres años escribió sobre mí en su diario: "No es hermosa, pero sí graciosa y original; difícil de criar, una pequeña salvaje".

Ya no recuerdo mi primera visita a un museo. Cuando tenía doce años mi padre nos llevó a mis hermanos y a mí a Munich. Visitamos la gliptoteca, la galería nacional de pintura, la vieja y la nueva pinacoteca. Apenas vimos algo de la ciudad. Yo miraba hacia afuera por las ventanas de las salas de los museos: lloviznaba, los árboles perdían sus hojas. Entre las fuentes, las iglesias con cúpulas y las fachadas de las casas descubrí las montañas en el horizonte. Me parecían cuadros enmarcados: inmutables, azules, inmóviles. Me cansaba enseguida visitando las galerías de pintura. Una y otra vez me dejaba caer en los bancos y sillones destinados al público.

Mi padre, por el contrario, no se sentaba nunca. Había adquirido un paso de museo. Con su andar elástico recorría, como un caminante, su trayecto diario de muchos kilómetros a través de salas, pasillos y escaleras. No percibía en absoluto el aire viciado, el olor a productos de limpieza. Me reprendía por mi hábito de mirar por la ventana al exterior en vez de contemplar los cuadros. Yo le explicaba que, fuera, en lugar de la realidad, veía cuadros al

estilo de los pintores en las paredes del museo. Un Utrillo, un Caspar David Friedrich, un Manet: creaciones artísticas en lugar de naturaleza.

A mi primer amor lo conocí en un museo. En la sección de arte egipcio del museo del Louvre en París encontré a un joven que no quería detenerse en las salas de la planta baja. Yo acababa de leer en una historia del arte el capítulo sobre el Cercano Oriente y traté de explicarle algo sobre la religión y la cultura de aquella zona. Entre sarcófagos y esculturas empezó a anochecer. No nos gustó la rígida posición frontal de los faraones y sacerdotes. Contemplamos en silencio los tesoros de las tumbas de las pirámides y las momias en sus estrechos ataúdes de madera. El joven me tomó del brazo. Me condujo hasta una hornacina. Aseguró que me parecía a una princesa egipcia.

VISITA AL CASTILLO¹

TRADUCCIÓN:
ASUNCIÓN SÁINZ LERCHUNDI
UNIV. DE SEVILLA

Permanecimos una hora en las salas de la planta baja. Visitamos también las secciones de Asur y Ninive con sus losetas de mármol, esculturas de leones y columnas de templos. Hicimos caso omiso al caminar renqueante del vigilante lisiado y a su rudo aviso: "¡Fermeture!" A la sombra de

una esfinge, bajo la ciega mirada de los faraones, aquel joven me besó por primera vez.

El perro del vigilante, negro, de raza cruzada y orejas puntiagudas, hocico húmedo y boca espumante, nos olfateaba. La linterna del vigilante nos sacó de la oscuridad. Nos habían descubierto. Al pasar ante la vitrina, todavía iluminada, que contenía el tesoro de un templo de Tebas, estuve a punto de tropezar con el hilo del sistema de alarma. Mi joven acompañante me detuvo en el último momento. No quería problemas con la dirección del museo ni con la policía a causa de mi torpeza.

¹ En: HARTLAUB, Geno: *Die Uhr der Träume*, Scherz Verlag, Bern-München-Wien, 1986, pp.172-178. Geno Hartlaub (nacida en Mannheim en 1915) es autora de veinte novelas y numerosos relatos. En su creación ficcional incorpora constantemente elementos de la realidad histórico-social contemporánea, así como autobiográficos. Buena muestra de ello es este relato, en el que refleja la influencia y tensa relación que mantuvo con su padre, el prestigioso historiador y director del museo histórico de Mannheim Gustav Friedrich Hartlaub (1884-1963).

A la mañana siguiente volvimos a vernos. Hicimos una excursión por el bosque de San Cloud. Era Mayo, el follaje verde claro de los abedules, todavía escaso. Nos detuvimos a merendar sobre un césped primaveral. Comimos pan y queso; bebimos vino tinto. El joven pasó su brazo sobre mi hombro, soltó los tirantes de mi vestido de verano. Me vino a la memoria el "Déjeuner sur l'herbe" de Manet. "¿En qué piensas?" me preguntó. "Estás ausente". Me levanté de un salto y me quité las hebras de hierba del vestido. Metí precipitadamente los restos de la merienda en mi cesta. "¡Basta!", exclamé. "¡De una vez por todas, Fermeture!", dije riendo.

Mi padre y mi novio no se entendían bien. En aquella época, cada huésped que venía a nuestra casa tenía que someterse a un examen que mi padre, para su propia información, proponía. Al extraño se le mostraba un volumen de pálidas reproducciones de obras maestras famosas y éste debía nombrar al artista correspondiente. Mi novio, médico de profesión, amante de las matemáticas y la música, no superó el examen de arte. "Tengo unos ojos poco musicales", dijo. Nunca antes había oído yo tal expresión.

Antes de viajar a la Unión Soviética por primera vez hablé por teléfono con mi padre. "Cuando llegues a Leningrado", me aconsejó, "no olvides el museo de L'Ermitage". Siguiendo el catálogo, dibujó un plano con el compendio de cada uno de los pisos y me lo envió a modo de orientación. Aunque él nunca había estado allí, sabía exactamente en qué lugar y en qué sala se encontraban los Rembrands de la época tardía, los italianos, los holandeses y los alemanes.

Un día después de mi llegada a Leningrado esperé casi media hora en el vestíbulo de L'Ermitage. En vano intenté conseguir una entrada. Sólo se permitía pasar a grupos con intérprete del "intourist". Me sentí excluida. Indefensa, me quedé allí, de pie, expuesta a la corriente de aire que circulaba a través de las puertas del Palacio de Invierno de Newakai. "¿Ha perdido a su grupo?" me preguntó en inglés un vigilante del museo. Me encogí de hombros. "Viajo sola", dije. Una guía turística daba palmadas.

Los pasos del grupo de visitantes retumbaban sobre el suelo de mármol. Quise unirme al grupo, pero fui rechazada.

Poco después de mi regreso fui de visita a mi casa. Les conté el percance. "La próxima vez", dije, "recuperaré el tiempo perdido". "No se navega dos veces por el mismo río", explicó mi padre sombrío, "has perdido la ocasión para siempre". Un año después me encontraba de nuevo en Leningrado. Esta vez visité a fondo el L'Ermitage. Encontré los famosos cuadros, pasé un día entero en las salas del antiguo palacio de los zares. Mi padre había visitado Constantinopla, Palestina y Egipto en un barco de pasajeros de la compañía "Norddeutscher Lloyds". Allí impartió conferencias sobre historia del arte; por lo demás, nunca había salido de Europa. Me dediqué a contemplar museos en Asia y América en su lugar para, después, informarle de mis descubrimientos. En alguna ocasión organicé en el oscurecido salón lleno de gente de casa de mis padres sesiones de diapositivas sobre esos "viajes culturales transeuropeos". Narraba a aquellos que se habían quedado en casa acerca de mis peregrinaciones a las maravillas del mundo de la Antigüedad Clásica y del Lejano Oriente. Al concluir uno de aquellos actos privados con un círculo de amigos, estallé, para mi propia sorpresa, en un ataque de ira. Golpeé con el puntero, con el que me había ayudado a explicar las diapositivas, en el suelo y exclamé tan alto que hasta mi padre, algo sordo, pudo oírlo: "Nada de todo lo que he dicho responde a la verdad. En el cementerio de Taxila, que vimos con un calor de cuarenta grados, no había más que un par de ladrillos. Los hallazgos más famosos se encontraban en el museo, que estaba cerrado. La mayoría de los viajes por el mundo se los pueden ahorrar Ustedes tranquilamente. Todos los lugares se parecen: cordilleras, océanos, prados, desiertos y estepas. En California se tiene la impresión de estar en el Mediterráneo, Cachemira se parece a Engadin², la desembocadura del río Yangtsé-kiang, a la llanura del Rin, y Canadá, a los bosques rusos".

Tras la muerte de mi padre evité durante mis viajes castillos, catedrales y museos. En una ocasión me encontraba en Nápoles junto al museo del palacio

² N. de la T.: Engadin (Suiza).

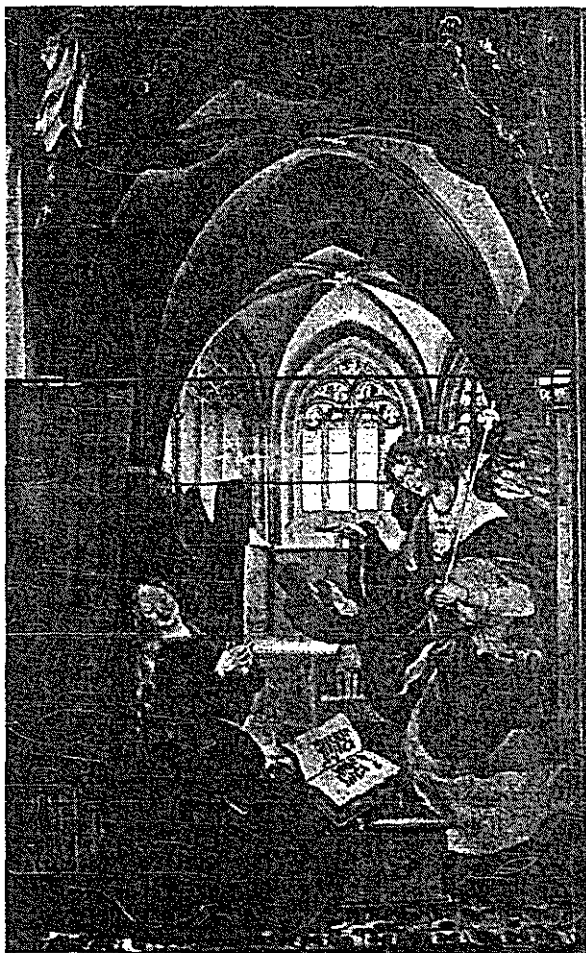
de Capodimonte, contemplando la vista sobre el laberinto de callejuelas, el golfo y los dos picos del Vesubio. ¿Para qué ir? Pensé. ¿Para qué ver un Tintoretto, un Tiziano, un Giorgione más si no tienes a nadie que te tome la lección? Sigue adelante, me dije, no te vuelvas, no hay ningún pelmazo a tu alrededor. En un barrio pobre encontré una "trattoria". Bebí el vino de la región hasta que los contornos de las iglesias y las fachadas de las casas se volvieron difusos.

En un castillo del sur de Alemania buscaba la sala de reuniones del congreso en el que iba a dar una conferencia. En el primer piso, donde se encontraban las habitaciones reales, coincidí, por casualidad, con un grupo de visitantes. En lugar del viejo alcaide, a quien conocía de anteriores visitas, un joven se ocupaba de guiar a los turistas. Sin ningún interés, recitaba monótonamente un texto aprendido. Datos, nombres, fechas de batallas, expediciones militares, fiestas religiosas, bodas principescas, dinastías. Los visitantes del castillo le escuchaban atentamente; algunos tomaban notas. Después de mucho tiempo volví a sentir la abrumadora pesadilla de la historia. Encorvada por su peso, anduve con los demás por las salas. Observé al joven guía: su cara macilenta, la suave piel femenina, los ojos enfermizos, un principio de bocio, el pelo largo hasta los

hombros, rizado, ligeramente grasiento. Me recordé al ángel de la anunciación de María representado en el altar de "Isenheim"³. Hasta su dedo índice, extendido para ayudarse a explicar las obras de arte, se semejaba al del ángel de "Isenheim". Finalmente, alcanzamos un gabinete de espejos adornado con figuritas chinas en las paredes y muebles rococó. Le dí al joven una propina. Bajando las escaleras entablamos conversación. Se sentía, dijo sin aliento bajando los peldaños de dos en dos, como si tuviera que remover durante todo el día una escombrera. Había aceptado el trabajo, porque tenía que ganar dinero durante las vacaciones. Le repugnaba guiar a ese estúpido rebaño de turistas mugientes a través de los aposentos reales

y las salas de representación. "Lo que más me gustaría hacer", exclamó iracundo mientras los últimos visitantes se afanaban por salir del castillo, "es destrozar o quemar todos estos trastos".

Después de mi conferencia, bebí "Steinwein"⁴ con los otros participantes del congreso en la taberna del ayuntamiento. El vino me animó a tomar parte, hasta la noche, en la discusión del que había sido tema del congreso: ¿Cual era el significado de la herencia cultural de occidente en los tiempos actuales de enormes cambios sociales? Bebí y hablé demasiado. Ya en el hotel, no lograba tranquilizarme. No apagué la luz. Per-



³ N. de la T.: Obra maestra de Matthias Grünewald (1470/80-1529), se encuentra en el museo "Unterlinden" de Colmar (Francia).

⁴ N. de la T.: Vino típico de la región de Franconia (Baviera).

manecí casi toda la noche insomne. Después, tuve un sueño del que desperté sobresaltada por la mañana:

Me encontraba de nuevo en el gabinete de los espejos del castillo, sola con el joven guía que me recordaba al ángel de la anunciación de Grünewald. Fuera estaba oscuro y todas las velas de las lámparas ardían. Las luces se reflejaban en las paredes de cristal, los hombrecillos chinos de la pared sonreían con ironía. Los muebles rococó arrojaban sobre el suelo de parqué sus grotescas sombras deformadas. De pronto, el joven desenfundó una pistola, disparó contra un espejo provocando una lluvia de cristales que caía estrepitosamente. Una vela se desprendió de la lámpara. Su pequeña llama prendió en el mantel de seda que cubría una mesa de nogal. El joven disparó una segunda vez contra el techo decorado con frescos. La lámpara de cristal se desplomó. Los pedazos de cristal no ahogaron las llamas que, avivadas por la corriente de aire, se extendieron rápidamente hacia las habitaciones contiguas. "¡Salgamos fuera!", gritó el joven. Cogida de su mano corrí temerosa por la escalera. "¡Somos incendiarios!", exclamó riendo. Toda la serie de habitaciones estaba en llamas. Por el hueco de la escalera nos llegaba una densa humareda. Yo tosía, me encontraba mal, iba a desmayarme. El joven se asomó por la barandilla de la escalera. Echó la cabeza hacia atrás y rió como un poseso. Ahora parecía un ángel del juicio final, sólo le faltaba la trompeta. Se tambaleó sobre la baranda y,

ante mis ojos, cayó al vacío. Los famosos frescos de las escaleras comenzaban a ennegrecerse por el humo y el hollín. Desde arriba vi al joven que yacía sobre el suelo de mármol, descalzo, con la camisa ardiendo y los largos rizos de su pelo teñidos de sangre.

Me desperté con el repicar de las campanas: domingo, maitines, la región es católica. El congreso había terminado y la mayor parte de los asistentes ya se habían marchado. En el vestíbulo del hotel había gente que no conocía. Esperaban la apertura de las siguientes jornadas. Antes de hacer mi equipaje y romper el manuscrito de mi conferencia, di un paseo matutino por la ciudad. Me alegré de encontrar el castillo intacto en su habitual emplazamiento. A las diez comenzaba la primera visita. Esperé al pie de la escalera media hora para ver de nuevo al joven. Hoy era su día libre. En su lugar, el viejo alcaide guiaba a los turistas por los aposentos reales. Explicaba los frescos del techo, las pinturas y el mobiliario con las mismas palabras que mi ángel de la anunciación. Pregunté al guía por su joven compañero. "El estudiante", replicó, "ni idea de dónde está. Sólo es un ayudante. Me ha sustituido un par de días". Un visitante preguntó el nombre de la archiduquesa que había dado a luz a su primer hijo en la cama imperial tallada, con dosel. "Amalia Maria Luisa", contestó el alcaide. "Poco después enfermó de viruela. Dos años más tarde se casó con el Gran Duque de Parma. La boda tuvo lugar en el salón verde, delante de la gran galería en presencia del príncipe obispo".

